

La niña que dormía al extremo opuesto del banco, se había despertado. Levantóse, y al apartar de su frente los cabellos que le cubrían la cara, pudo verse su semblante, tan moreno, que parecía teñido por estos. Bajo el oscuro color de su piel se descubría una palidez de cera, palidez mate, profunda. Sus mejillas, cuyos pómulos salían marcadamente, eran incoloros; la piel de sus azulados labios que, al contraerse á impulsos de enferma sonrisa, dejaban ver una dentadura nacarada, se resquebrajaba en pequeñas laminillas. Parecía tener toda la vida refugiada en los ojos, que, á causa de la extremada delgadez de su cuerpo, aparentaban enormes, aumentando todavía su tamaño una ancha oscura faja que les rodeaba como una uréola y les daba febril y singular brillo; el blanco parecía casi azul, tan intenso era el negro de sus pupilas y tan espesa la doble línea de pestañas que los circundaba. En el momento que los abrió, sus ojos tomaron una expresión extraña en la que se veía pintada una admiración infantil y una codicia feroz, y permanecían obstinadamente clavados en las alhajas de Isabel y de Serafina, de las que, sin duda, la pequeña salvaje no conocía el valor. El centelleo de algun galon de oro falso, el engañoso oriente de un collar de perlas de Venecia, la deslumbraban y la tenían como en una especie de éxtasis. Evidentemente la niña no había en su vida visto nada tan bello. Las ventanas de su nariz se dilataron, subió á sus mejillas débil carmin, sardónica sonrisa rodó por sus descoloridos pálidos labios, sonrisa interrumpida á intervalos por un castañeteo de dientes febril, rápido, seco.

Afortunadamente nadie de la compañía paraba la atención en aquella miserable pelota de harapos sacudida por nervioso temblor, pues de otra manera se hubieran horrorizado ante la expresión feroz y siniestra impresa en sus lívidas facciones.

No pudiendo dominar su curiosidad, la niña extendió su morena mano, larga y seca como la del mono, hacía el vestido de Isabel, y con los dedos palpó la tela con visible sen-



CHIQUITA.

timiento de placer y voluptuosa titilación. Aquel terciopelo ajado, pelado en todos sus pliegues, le parecía el más flamante, el más rico y el más suave del mundo.

Aunque el tacto hubiese sido casi imperceptible, Isabel se volvió y vió la acción de la niña, á quien sonrió maternalmente. Al sentir la influencia de la mirada de la comedianta, la pequeña había adquirido súbitamente una inocente fisonomía pueril que indicaba sólo idiota estupor, con una ciencia instintiva de mímica que hubiera hecho honor á una actriz consumada en la práctica de su arte, y, con voz doliente, dijo en su patuá:

—Es como el manto de Nuestra Señora del altar.

Luego, bajando sus pestañas cuya negra franja le llegaba hasta los pómulos, se apoyó de espaldas contra el respaldo del banco, juntó sus manos, cruzó sus pulgares y fingió dormirse como rendida de cansancio.

Mioneta, la moza huraña, vino á anunciar que la cena estaba lista, y la compañía pasó á la sala inmediata.

Los cómicos hicieron honor á los manjares de maese Chiriguirri, y aunque no encontraron las exquisiteces prometidas, mataron su hambre, y sobre todo su sed con prolongados tientos al odre que dejaron desinflado, como gaita de la que ha salido el viento.

Iban ya á levantarse de la mesa, cuando se oyeron cerca de la posada ladridos de perros y ruido de cascos de caballo. Tres golpes dados á la puerta con impaciente autoridad señalaron un viajero que no tenía la costumbre de dormir como las grullas. Chiquita se precipitó hácia la puerta, descorrió el cerrojo, y un caballero, dándole con la hoja de esta casi en los hocicos, entró en medio de un torbellino de perros que por poco derriban á la sirviente, y se desparramaron por la sala saltando, brincando, buscando las sobras de la cena en

los platos alzados de la mesa y llevando á cabo en un minuto, con sus lenguas, la tarea de tres fregonas.

Algunos vigorosos latigazos aplicados á la trahilla, sin distincion de inocentes ó de culpables, calmaron como por encanto semejante agitacion; los perros se refugiaron debajo de los bancos, y jadeantes, sacando la lengua, colocaron la cabeza sobre sus patas, se arrollaron, y el caballero, haciendo resonar estrepitosamente sus espuelas, entró en la sala donde comian los cómicos, con la autoridad de hombre que se halla siempre en su casa encuéntrese donde se encuentre. Chirriguirri le seguia, con gorra en mano y ademan obsequioso y casi tímido, y eso que el tunante distaba mucho de ser apocado.

El caballero, de pié al umbral del comedor, llevó la punta de los dedos á su fieltro y recorrió con mirada tranquila el círculo de cómicos que le devolvian el saludo.

Podia el recién llegado tener hasta treinta y cinco años; largos y rizados cabellos rubios formaban marco á su cabeza fresca y jovial, cuyos rosados tonos trocábanse en vivo encarnado bajo la influencia del aire y de los ejercicios violentos. Sus ojos, de color azul oscuro, brillaban á flor de cabeza; su nariz un poco encorvada al extremo, terminaba en una faceta limpiamente cortada. Delgados bigotes de color rubio oscuro, cuyas engomadas y retorcidas puntas le miraban hácia arriba como comas vueltas al revés, formaban simetría con una perilla cortada en forma de hoja de alcachofa. Entre sus bigotes y la perilla se abria una boca cuyo labio superior un poco delgado corregia lo que el inferior, ancho, encarnado y estriado de líneas perpendiculares, hubiera podido tener de demasiado sensual. La barba le subia bruscamente, y su curva hacia resaltar un mechón de pelos de la bajobarba. Su frente, que descubrió al arrojar el fieltro sobre un escabel, era de un matiz blanco satinado, preservada como se hallaba por lo comun de los ardores del sol por la sombra del sombrero, é indicaba que aquel hidalgo, antes de abandonar

la corte por el campo, debia tener el cútis muy delicado. En una palabra, su fisonomía era agradable, y el buen humor del franco compañero atemperaba la altivez del noble.

El traje del recién llegado mostraba por su elegancia que del fondo de la provincia el marqués, tal era su título, no habia roto sus relaciones con los sastres de nombradía de ambos sexos. Un cuello de punto cortado cubria el suyo y caia sobre una chupa de paño color de limon bordado de plata, muy corto y dando paso entre él y la parte superior de los calzones, á una oleada de fina batista. Las mangas de esta chupa, ó más bien de este justillo, descubrian la camisa hasta el codo; los calzones eran azules, y su parte superior, adornada con una especie de delantal de lazos de cinta color de paja, descendia hasta un poco más abajo de la rodilla, donde se unian á sus botas cuyos talones ostentaban ricas espuelas de plata. Una capa azul galoneada de plata, colocada al borde del hombro, y sujetada con una presilla, completaba su traje, algo extremado dada la estacion y el país, pero que justificaremos con una palabra: el marqués regresaba de caza, á la que habia ido con la bella Yolanda, y se habia adonisado, digámoslo así, queriendo sostener su antigua reputacion de elegante, que le valiera ser admirado entre los más lechuguinos por las damas de la corte.

—Dar de cenar á mis perros, un picotín de avena á mi caballo, un pedazo de pan y jamon para mí, un plato de escamochó á mi picador, —dijo el marqués jovialmente y tomando sitio al extremo de la mesa, cerca de la doncella, quien, al ver á un buen mozo tan engalanado, le habia dirigido una mirada incendiaria y una sonrisa vencedora.

Maese Chirriguirri colocó un plato de estaño y un vaso de lo mismo delante del marqués; la doncella, con la gracia de una Hebe, le llenó de vino el vaso, que el hidalgo vació de un trago. Los primeros minutos fueron consagrados á reducir al silencio los ladridos de un hambre de cazador, el más feroz de los hambres, igual en rigor al que los griegos dan

el nombre de *boulimie*; luego el marqués paseó la mirada en torno de la mesa, y notó entre los cómicos, sentado al lado de Isabel, al baron de Sigognac, á quien conocia de vista, y con el cual se habia cruzado al pasar por delante de la carreta tirada por bueyes al ir á caza aquella mañana. Isabel sonreia al Baron, quien le hablaba en voz baja, con esa sonrisa lánguida y vaga, caricia del alma, testimonio de simpatía más bien que expresion de alegría, que no puede engañar á los prácticos en aventuras amorosas, experiencia que no faltaba al marqués. La presencia de Sigognac entre aquella compañía de cómicos no le sorprendió, y el desprecio que le inspiraba el arruinado equipo del pobre Baron disminuyó mucho. La empresa de seguir á su bella sobre la carreta de Tespis á través del acaso de las aventuras cómicas ó trájicas pareció al marqués hija de una imaginacion galante y de un plan deliberado. Hizo un signo de inteligencia á Sigognac como para darle á entender que habia adivinado y comprendido su intento; pero como verdadero cortesano, respetó su incógnito, y no pareció ocuparse más que de la doncella, á quien echaba piropos superlativos, mitad de veras, mitad en broma, que la jóven aceptaba con carcajadas que á través de su magnífica dentadura permitian ver hasta el gaxnate.

El marqués, deseoso de llevar adelante una aventura que tan propiciamente se presentaba, juzgó á propósito declararse gran partidario del teatro y buen juez en la materia. Quejóse de que en provincias se careciese de este placer á propósito para ejercitar la inteligencia, pulir el lenguaje, fomentar la educacion y perfeccionar las costumbres, y dirigiéndose al Tirano, que parecia ser el director de la compañía, le preguntó si tenia compromisos que le impidiesen dar algunas representaciones de las más escogidas piezas de su repertorio en el castillo de Bruyères, donde seria fácil levantar un teatro en el gran salon ó en el invernadero.

El Tirano, dejando vagar por su ancha boca una sonrisa bonachona, respondió no haber nada más fácil, y que su

compañía, una de las más excelentes que recorriesen las provincias, estaba al servicio de su merced, desde el rey á la doncella,—añadió con fingida naturalidad.

—Esto viene como pedrada en ojo de boticario,—repuso el marqués;—y en cuanto á las condiciones, no hay que hablar; vos mismo fijareis la cantidad; no se regatea con Talía, musa muy apreciada de Apolo, y vista con tan buenos ojos en la corte como en la ciudad y en provincias, donde no se es tan patan como fingen creer en Paris.

Dicho estó, el marqués, despues de dar con su rodilla un significativo golpe á la doncella, quien no demostró el menor enojo por tal manifestacion, se levantó de la mesa, se caló el fieltro hasta las cejas, saludó con la mano á la compañía, y partió en medio de los ladridos de su jauría, á fin de adelantarse á los cómicos para preparar en el castillo la recepcion de estos.

Era ya muy avanzada la hora, y debian ponerse en camino por la mañana muy temprano, pues el castillo de Bruyères estaba bastante distante; y si un buen caballo puede, por los atajos, salvar cómodamente una distancia de tres ó cuatro leguas, una carreta pesadamente cargada y arrastrada sobre arenoso camino por bueyes ya fatigados, emplea un espacio de tiempo mucho más considerable.

Las mujères se retiraron á una especie de camaranchon, por cuyo suelo habian esparcido algunos haces de paja; los hombres permanecieron en la sala, acomodándose como pudieron sobre los bancos y en los escabeles.